

LIBRO SEGUNDO

ARGUMENTO

Antes de hacer el análisis de la justicia, examina Platón las opiniones que privan en el mundo a este respecto. Demuestra que esas opiniones inducen directamente a la hipocresía, es decir, a todos los crímenes disfrazados con el ropaje de la virtud. Se instruye a la juventud siguiendo el pensamiento de que aquélla no produce sino penas, y se agrega que, para tener una suerte más feliz, basta saber dar a la injusticia las apariencias de la rectitud. Semejante estado de cosas sería la muerte de la República. No se trata de saber si la injusticia triunfa siempre, sino si el hombre injusto es infeliz; de esta suerte la cuestión asume mayores proporciones. El fin de este libro será el de mostrar la diferencia esencial entre el bien y el mal, y de esta distinción bien establecida surgirá, naturalmente, la definición de lo justo y de lo injusto.

I

Después de haber hablado de esta manera, creí que el debate había terminado; pero, a lo que parece, aquello era apenas un preludio. Glauco, con el valor que le caracteriza, no aprobó la retirada de Trasímaco.

1. — GLAUCO

Paréceme, Sócrates, que tú has querido convencer-nos — y en efecto puedes creer haberlo conseguido — de que en todo caso es mejor ser justos que injustos.

SÓCRATES

Bien quisiera persuadiros si ello estuviese en mi mano.

GLAUCO

No has conseguido, entonces, lo que deseas, porque dime : ¿no podemos considerar como una especie de bienes aquellos que perseguimos por los goces que por sí mismos nos brindan, sin cuidarnos de sus consecuencias, como por ejemplo la alegría y los placeres voluptuosos sin mezcla de mal; y no debiéramos sacar jamás de ellos otra ventaja que el placer que nos dan?

SÓCRATES

Sí; me parece que existen bienes de ese carácter.

GLAUCO

¿No hay también otros que ambicionamos por sí mismos, y por sus consecuencias, como por ejemplo el buen sentido, la salud, la vista? Porque tales bienes nos son doblemente apreciados.

SÓCRATES

Sí.

GLAUCO

¿No ves tú una tercera especie de bienes en los ejercicios gimnásticos, en los cuidados que recibimos cuando estamos enfermos, en el arte de la medicina, y en las demás profesiones lucrativas? Pudiera decirse que estos bienes son penosos, pero útiles; no los ambi-

cionamos por ellos mismos sino por las consecuencias y las ventajas que tienen.

SÓCRATES

Reconozco la existencia de esta tercera (1) especie de bienes; pero ¿cuál es tu propósito al discurrir así?

GLAUCO

¿En cuál de estas tres clases colocas tú la justicia?

SÓCRATES

En aquella que yo considero la más bella, o sea, entre aquellos bienes que es necesario amar por sí mismos y por sus consecuencias si quiere uno ser feliz.

GLAUCO

No es ese el sentimiento de la mayor parte de los hombres, quienes colocan la justicia entre aquellos bienes que es preciso perseguir por las recompensas y honores que por sí mismos procuran, pero de los cuales debe huirse porque imponen sacrificios.

2. — SÓCRATES

Yo sé que esa es la opinión general, y he ahí la razón de por qué Trasímaco ha criticado la justicia y hecho el elogio de la injusticia; pero, a lo que parece, mi criterio es un tanto obtuso, pues no lo comprendo así.

GLAUCO

Escucha ahora lo que voy a decir; acaso hayas de convenir conmigo. Me parece que Trasímaco se ha rendido demasiado pronto al encanto de tus discursos como la serpiente (2) que se deja fascinar. En cuanto

(1) Para lo relacionado con estas tres clases de bienes, véase el *Filebo*.

(2) Virgilio, *Égloga* 8, v. 71.

a mí, no estoy en manera alguna satisfecho con lo que se ha dicho, de una y otra parte, sobre la justicia y la injusticia. Descaría conocer su carácter, y el efecto que cada una de ellas produce sobre el alma, sin prestar la menor atención a las recompensas y a las ventajas resultantes. Ve, pues, lo que he de hacer, si tú lo consideras bien hecho. Recomenzaré, en una forma nueva, la argumentación de Trasímaco, acerca de la naturaleza de la justicia y de su origen, de acuerdo con la opinión general. En seguida haré ver que aquellos que la practican lo hacen a pesar suyo, desde el momento en que la consideran como una necesidad y no como un bien. En tercer lugar demostraré que tienen razón en pensar así, porque la suerte del hombre injusto es mucho mejor que la del justo. En cuanto a mí, Sócrates, no comparto esta opinión; mas no sé a qué atenerme mientras resuenen en mis oídos los discursos de Trasímaco y de tantos otros. Yo no he tenido ocasión de oír a persona alguna probar, como yo lo quisiera, que la justicia es mejor que la injusticia. Quiero oír el elogio de la justicia por lo que ella es en sí misma, y espero ese elogio especialmente de tus labios. También deseo extenderme un poco sobre las ventajas que proporciona la perversidad, y así demostraré cuán grande es mi deseo de oírte condenar la injusticia y elogiar la justicia. Dime si estas condiciones te agradan.

SÓCRATES

Perfectamente; ¿hay acaso algún otro tema sobre el cual pueda disertar más a menudo, y con mayor placer, un hombre sensato?

GLAUCO

Dices bien. Escucha ahora la exposición que te he

prometido, en primer término, sobre la naturaleza y el origen de la justicia.

II

GLAUCO

Dícese que ejercitar la injusticia es de suyo un bien y que es un mal padecerla; pero es mayor el mal que se experimenta al padecerla que el bien que se experimenta al ejercitarla. Los hombres fueron, alternativamente, injustos y padecieron la injusticia; experimentaron lo uno y lo otro; y al cabo, aquellos que no pudieron escapar a la opresión, ni oprimir a otros, juzgaron que en interés de todos estaba el convenir en que, en lo sucesivo, no se cometiera ninguna injusticia ni se la padeciera tampoco a manos de los demás. Esta decisión dió origen a las leyes y a las convenciones. Se calificó de legítimo y de justo lo que estaba ordenado por la ley. Tal es el origen y la esencia de la justicia, y ella ocupa el punto medio entre el mayor bien que se deriva de cometer impunemente la injusticia, y el mayor mal que consiste en no poderse vengar de la injusticia. En esta posición intermediaria, se amparó el hombre en la justicia, no porque ella fuese de suyo un bien, sino porque la impotencia en que el hombre se encontraba para hacer el mal le obligaba a respetarla. Porque aquel en cuya mano está el cometer la injusticia, y es en verdad hombre, no dejará de convenir en que no deben cometerse ni padecerse injusticias; lo contrario sería una locura de su parte. He ahí, Sócrates, la naturaleza y la esencia de la justicia; he aquí el origen que se le atribuye.

2. — A fin de dar a comprender todavía mejor que

no practica uno la justicia sino a pesar suyo, y que el hecho de cometerla no depende de nosotros, hagamos una suposición. Demos al justo y al injusto el poder de hacer todo lo que sea de su agrado. Observémosles, y veamos adónde habrán de conducirlos las pasiones. No tardaremos en sorprender al justo siguiendo las huellas del hombre injusto, impelido, como él, por el deseo de tener más que los otros; deseo que busca su realización como si se tratase de algo bueno en sí mismo, pero que la ley reprime y reduce por respeto a la igualdad. Supongamos que el poder que les concedemos, de hacer cuanto deseen, vaya tan lejos como el de Giges (1), el abuelo de Lidio (2). Se dice que Giges era un pastor al servicio del rey de Lidia (3). Después de una violenta tempestad, y de numerosas sacudimientos, se entreabrió la tierra y se formó un golfo en el sitio en donde Giges hacía pacer sus rebaños. Dice la fábula que ante este espectáculo, y después de un momento de sorpresa, el pastor descendió hasta el golfo y vió, entre otras maravillas, un caballo de cobre hueco, con numerosas aberturas pequeñas, por una de las cuales introdujo la cabeza y alcanzó a ver en el interior el cadáver de un ser de talla más que humana en la apariencia, y que llevaba un anillo de oro en la mano. Giges tomó el anillo y se retiró. Los pastores acostumbraban reunirse todos los meses con el fin de enviar un informe al rey relativo al estado de los rebaños. Giges concurrió también a esta asamblea, llevando el anillo consigo, y tomó asiento entre los

(1) El fundador de la dinastía de los Mermnadas que reinó en Lidia desde 708 hasta 547 a. de J. C.

(2) Sin duda se alude al famoso Creso, el rey de la dinastía de los Mermnadas, que reinó desde 559 hasta 547 a. de J. C. Fue batido por Siro en la batalla de Timbrea, que puso fin al reinado de Lidio.

(3) El rey que reinaba entonces se llamaba Gándulo.

pastores. Por casualidad volvió la montura hacia adentro, y al punto se hizo invisible para aquellos que estaban colocados cerca de él. Entonces los otros empezaron a hablar como si él se hubiese retirado. Asombrado de este prodigio, volvió con suavidad la montura hacia afuera y volvió a hacerse visible. Este hecho maravilloso despertó su curiosidad, y a fin de saber si ello obedecía a una virtud propia del anillo, repitió la experiencia. Cuantas veces volvió el anillo hacia adentro se tornó invisible, y siempre que lo volvía hacia afuera, tornaba a hacerse visible. Una vez cierto de la virtud del anillo, puso en juego todos los medios para hacerse nombrar miembro de la comisión de pastores que había de ir a rendir cuentas al rey. En cuanto llegó, sedujo a la reina, se entendió con ella para deshacerse del rey, le dió muerte y se apoderó del reino (1). Ahora bien, si existiesen dos anillos de esta clase, y se le diese uno al hombre de bien y otro al hombre malo, sería difícil encontrar hombre alguno de carácter suficientemente inquebrantable para perseverar en la justicia y tener el valor de no tomar los bienes ajenos, siempre que pudiese coger impunemente de la plaza pública todo lo que quisiese, entrar en las casas a cometer abusos contra toda clase de personas, matar a otros, romper los grillos de los presidiarios, y hacer cuanto se le antojara cual si fuese un dios entre los hombres. Al proceder así, el justo no se diferenciaría en nada del hombre malo, como que entrambos perseguirían el mismo fin; y no podría darse mejor prueba que ésta de que uno no es justo de buen grado, sino por necesidad, como si el ser justo no fuese de suyo un bien, ya que el hombre se torna injusto desde

(1) La dinastía de los Heráclitos terminó con Cándulo.

el momento en que cree poder hacerlo sin peligro. Como dicen los defensores de la doctrina que expongo, todo hombre cree, con razón, en lo más recóndito de su alma, que la injusticia es más útil que la justicia. Porque cualquier hombre que tuviese el poder de que antes hablé, y que no quisiera cometer injusticias, ni tomar los bienes ajenos, sería mirado por cuantos estuviesen en el secreto como el más desgraciado y el más insensato de los hombres. Sin embargo, todos lo elogiarían en público, engañándose mutuamente, ante el temor de experimentar ellos mismos alguna injusticia. Esto, por lo que respecta al primer punto.

3. — No veo ahora sino un medio de juzgar acertadamente la condición de los dos hombres de que venimos hablando; y este medio es el de considerarlos separadamente el uno del otro, en el más alto grado de justicia o de injusticia. ¿En qué consiste esta separación? Véamoslo : no quitemos nada a la injusticia del uno, ni a la justicia del otro, y supongamos que cada uno de ellos es perfecto en el género de vida que lleva. Supongamos, además, que el hombre malo obre como los artistas hábiles. Un piloto de mérito superior, o un médico, hacen distinción entre los medios imposibles y los medios posibles de su arte; emplean los unos, dejan los otros de lado, y si cometen una falta saben repararla. Del propio modo sucede que el hombre injusto, si quiere serlo hasta la perfección, dirige sus empresas injustas con tanta habilidad que logra evitar el ser descubierto; y aquel que se deja sorprender debe ser mirado como persona que no conoce su oficio. La obra maestra de la injusticia es la de parecer justo sin serlo. Demos, pues, la más perfecta injusticia al hombre perfectamente injusto, en vez de quitársela; démosle el poder de cometer los mayores crímenes a

la vez que el de adquirir la mayor reputación de hombre justo; que si da un paso en falso, pueda levantarse; que sea capaz de persuadir a los jueces de su inocencia, caso de que sus injusticias sean descubiertas; que por su valor, o por sus fuerzas, o debido al apoyo de sus amigos y a sus riquezas, pueda apoderarse violentamente de todo aquello que no le sea posible adquirir de otra manera. Enfrente de este personaje que acabamos de bosquejar coloquemos al hombre justo, generoso y sencillo que, según la expresión de Esquilo, desee ser bueno sin parecerlo. Despojémosle también de esta apariencia que habrá de merecerle honores y recompensas, y no se sabrá entonces si se le considera justo por la justicia misma que inspira sus actos o a la luz de aquellos honores y recompensas. Es preciso despojarlo de todo, excepto de la justicia, y presentarlo absolutamente como la antítesis del otro. Sin cometer una injusticia, darle la mayor reputación de hombre injusto, a fin de que su amor por la justicia sea puesto a la prueba de la infamia y de sus consecuencias; que hasta su último día marche con paso firme, considerado durante toda su vida como hombre injusto — por más justo que sea — a fin de que una vez que los dos lleguen al último grado, en el campo de la justicia el uno y en el de la injusticia el otro, pueda uno juzgar cuál de los dos es más feliz.

1. — SÓCRATES .

Querido Glauco, presentas admirablemente a cada uno de estos hombres, en absoluta desnudez, cual si fuesen estatuas, a fin de poderlos juzgar.

GLAUCO

Los pinto tan bien como me es posible. Si estos dos hombres son como acabo de suponerlo, me parece

que no es difícil decir qué suerte les está reservada. Procuraré decirlo, y si se me escapa alguna palabra demasiado dura, recuerda, Sócrates, que no soy yo quien habla, sino aquellos que prefieren a la justicia la injusticia. Si ha de creérseles, el hombre justo, tal como acabamos de presentarlo, será azotado, torturado y cargado de grillos; se le quemarán los ojos, y al cabo, después de haberlo hecho padecer todos los males, se le crucificará : entonces verá si lo importante no es ser justo, sino parecerlo. Mejor hubiese sido que las palabras de Esquilo se las hubieran aplicado al hombre injusto, porque dirán ellos que si se aferra a la realidad de las cosas, en vez de llevar una vida de apariencias, y si no quiere parecer injusto sino serlo :

Su espíritu será como un surco fértil y profundo, en el cual germina una multitud de sabios proyectos (1).

Merced a su reputación de hombre honrado, ejerce suma autoridad en el Estado; él y los suyos se alían a quien les place; forma compañerismos de placer o de negocios con quienes le parece; y además de todo esto saca ventajas de todo, porque la injusticia le tiene sin cuidado. En todo lo que pretende, ya sea en público, ya sea en privado, se impone a todos sus competidores; a fuerza de acapararlo todo, se enriquece; hace el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos, ofrece sacrificios y presentes a los dioses con gran munificencia, y se granjea mejor que el hombre justo la buena voluntad de los dioses y de los hombres, a los cuales quiere complacer. De todo esto puede sacarse la consecuencia de que también es más popular que los otros. Es así, Sócrates, como los partidarios de la injusticia

(1) *Los Sielos contra Tebas*, v. 578.

pretenden que el hombre injusto, dadas sus relaciones con los dioses y con los hombres, se forma una suerte más feliz que la del justo.

III

Tenía el propósito de hablar cuando Glauco hubiese terminado su discurso; pero su hermano Adimanto tomó la palabra.

1. — ADIMANTO

¿Crees tú, Sócrates, que la cuestión ha sido suficientemente debatida?

SÓCRATES

¿Por qué no?

ADIMANTO

Porque precisamente se ha olvidado lo esencial.

SÓCRATES

Pues bien, tú conoces el proverbio que dice « que venga el hermano en auxilio de su hermano ». Así, pues, suple tú lo que él haya omitido. Sin embargo, ha dicho él lo bastante para ponerme fuera de combate y reducirme a la impotencia para defender la justicia.

ADIMANTO

Todas esas falsas excusas son inútiles. Es preciso que escuches lo que tengo que decir. Voy a exponer ideas del todo contrarias a las expresadas en su discurso. Hablaré de las ideas de los partidarios de la justicia en oposición a las de los partidarios de la injusticia, a fin de hacer resaltar más lo que me parece ha tenido Glauco en mira : Los padres recomiendan a sus

hijos la práctica de la justicia; y todo aquel que tiene a alguien bajo su tutela, hace la misma recomendación a su pupilo, no por razón de la justicia misma sino por las ventajas que la acompañan, a fin de que la reputación de hombre honrado les procure dignidades, alianzas honorables, y todas las demás ventajas que Glauco acaba de enumerar y que una buena reputación procura al hombre justo. Llevan ellos más lejos aún las ventajas que se derivan de las apariencias; las llevan hasta cerca de los mismos dioses, sin detenerse ante los bienes de que, según ellos, colman los dioses a los justos; y al efecto citan al buen Hesiodo y a Homero. El uno dice que los dioses han creado las encinas para los justos; para ellos :

La copa de las encinas soporta las bellotas y su tronco da asilo a las abejas; los rebaños sucumben bajo el peso de sus vellones (1).

Y agregan otras mil cosas semejantes. Homero usa poco más o menos el mismo lenguaje cuando dice :

Cuando un buen rey, imagen de los dioses, hace justicia a sus súbditos, la tierra le abre su seno fértil. Sus huertas abundan en frutos, la fecundidad multiplica sus rebaños, y el mar brinda a su mesa los más exquisitos manjares (2).

Museo y su hijo se expresan con entusiasmo acerca de ellos, y prometen a los justos, de parte de los dioses, recompensas todavía mayores. Después de la muerte los conducen a los Campos Elíseos, los hacen tomar asiento — coronados de flores — en los banquetes de los hombres virtuosos, en donde el tiempo se pasa en embriagarse, como si la más bella recompensa de la virtud fuese una embriaguez eterna. Otros prolongan más todavía estas recompensas de los dioses,

(1) Hesiodo, *Las Obras y los Días*, v. 232.

(2) Homero, *Odisea* XIX, v. 109.

pues dicen que los hijos de los hijos y toda la posteridad del hombre santo y fiel a sus juramentos se perpetúan sin cesar (1). De este modo, y de muchos otros, hacen ellos el elogio de la justicia. A los impíos y a los malos los lanzan a los fangales del infierno, y los condenan a llevar agua en una criba; ya durante su vida los han lanzado a la ignominia, y lo que Glauco dice de los suplicios de los justos, que pasan por hombres injustos, sólo lo dicen ellos de los malos. Tal es su manera de alabar la justicia y de vituperar la injusticia.

2. — Escucha ahora, Sócrates, otro lenguaje sobre la justicia y sobre la injusticia. Lo tomo del pueblo y de los poetas. Todos ellos no tienen sino una sola voz para celebrar la belleza de la sabiduría y de la justicia, y para decir que son difíciles y penosas, en tanto que la licencia y la injusticia son gratas y fáciles. Sólo la opinión y la ley ven lo que ellas tienen de vergonzosas. Dicen ellos que la injusticia es más ventajosa que la justicia, y van hasta considerar como felices a los malos que poseen riquezas y otros elementos de poderío, y a rendirles honores en públicos y en privado, y hasta despreciar y desdeñar a los justos, cuando son débiles y pobres, con lo cual confiesan que éstos son mejores que aquéllos. Pero de todos sus discursos, los más extraños son aquellos que versan sobre los dioses y sobre la virtud. Los dioses, dicen, no ofrecen a menudo a los hombres virtuosos sino desgracias y males, en tanto que colman de prosperidades a los malos. Por su lado, sacerdotes mendicantes y adivinos que asedian a las puertas de los ricos, les persuaden de que han obtenido de los dioses, mediante sacri-

(1 Hesiodo,) *Las Obras y los Días*, v. 282.

ficios y encantamientos, el poder de reparar por medio de juegos y de fiestas las injusticias que ellos o sus antepasados hayan podido cometer. Si alguno tuviese un enemigo al cual quisiese fastidiar, ya sea hombre bueno o no — ello poco importa, — puede hacerle el mal que quiera, merced a un pequeño desembolso. Disponen ellos de secretos mágicos y de encantamientos para persuadir a los dioses a que les sirvan a voluntad. Como prueba de todo lo que afirmo, aducen el testimonio de los poetas. Para demostrar cuán resbaladiza es la pendiente del mal, ora citan estos versos de Hesiodo :

Se puede fácilmente seguir a la multitud en el camino del vicio; la vía está próxima a nosotros.

Los dioses, por el contrario,

han colocado los trabajos y las fatigas delante de la virtud (1); el sendero que a ella conduce es largo y escarpado.

Otras veces, para hacer ver que los hombres pueden apaciguar a los dioses, toman a Homero por testigo y dicen con él :

Hasta los mismos dioses se dejan enternecer (2); con sacrificios, con oraciones agradables, con libaciones, y el sacrificio de las [víctimas, los hombres los apaciguan cuando han quebrantado la ley y [cometido alguna injusticia.

Para los ritos de los sacrificios, exhiben una multitud de libros compuestos por Museo y por Orfeo, hijos de la luna y de las nueve musas; y apoyados en estas autoridades no solamente convencen a los simples particulares, sino a los mismos Estados, de que hay en dichos libros, tanto para los vivos como para los muertos, absoluciones y purificaciones acompa-

(1) Hesiodo, *Las Obras y los Días*, v. 290.

(2) Homero, *Ilíada*, IX, v. 493.

ñadas de sacrificios y de juegos solemnes que tienen la virtud de librarnos de los tormentos del infierno. Agregan que no puede uno despreciarlos sin exponerse a tormentos terribles.

3. — Todos estos discursos, mi querido Sócrates, y mil más análogos, sobre la virtud, sobre el vicio, y sobre el grado de estimación que les tengan hombres y dioses, ¿qué impresión habrán de producir sobre los jóvenes que los escuchan? ¿Qué hará un joven felizmente dotado que, por decirlo así, se apresura a ir a oírlos, un joven que ya es capaz de hacer sus deducciones respecto de su conducta y de la ruta que debe seguir para llegar a la más perfecta felicidad? ¿No es razonable que exclame con Píndaro (1) y se diga :

¿Ascenderé directamente hasta el elevado palacio en donde mora la justicia, o habré de seguir por senderos oblicuos y tortuosos, para alcanzar así la dicha de mi vida?

Todo cuanto se dice me confirma en la idea de que si soy justo sin parecerlo, no habré de derivar de ello ventaja alguna, sino que, antes bien, me están reservadas calamidades y penas; en tanto que, si soy injusto y poseo el don de hacerme una reputación de justicia, se me promete la más venturosa de las suertes. Ahora bien, pues que las apariencias, según los sabios, son más fuertes que la verdad (2) y todo lo pueden sobre la suerte, voy a discurrir sosteniendo en un todo ese lado de la cuestión. Tomaré las vestiduras de la virtud, y llevaré tras de mí al zorro astuto y engañador del habilísimo Archiloco. Se dirá, sin embargo, que al malo no le es fácil siempre disimular. Contestaré que no hay nada fácil en las grandes empresas, y que, después de todo, para ser feliz no puede

(1) *Pindari Fragmenta*, 232, pág. 271. Edición Boeckh.

(2) *Simonidis Fragmenta*, 123, pág. 394, tomo I, edición Gaisford.

seguirse otra vía que la que me he trazado de acuerdo con estos discursos. Para evitar el ser descubierto tendré en torno mío conjurados y amigos, y tendré también maestros que me enseñarán el arte de engañar al pueblo y a los justos. Unas veces emplearé la persuasión, otras la violencia, para sustraerme a la venganza de las leyes. Se me dirá que no es posible engañar a los dioses ni oponerles resistencia : pero haya o no dioses, ellos no se ocupan de las cosas humanas; ¿qué necesidad tengo de tomarme el trabajo de disimular? Si los hubiere, y si en algo se cuidasen de mis asuntos, yo no lo sé sino por referencia, y por los poetas que han hecho la genealogía de los dioses. Por otra parte, esos mismos poetas dicen que uno puede enternecer a los dioses y calmar su cólera por medio de sacrificios, oraciones agradables y ofrendas. Precisa creerlos en todo, o no creerlos en nada. Si lo primero, cometeré injusticias y les ofrendaré sacrificios con lo que esas injusticias me produzcan. Si soy justo, sólo de parte de los dioses nada tendré que temer, mas sí me privaré de los proventos de la injusticia. Si soy injusto, tengo una utilidad asegurada. Mis oraciones, después del quebranto y las violaciones de la ley, enternecerán a los dioses y ellos me eximirán del castigo. Se dirá que seré castigado en los infiernos en mi persona, o en la de los hijos de mis hijos, por el mal que haya hecho en este mundo. Para eso — contestará un hombre que razone — hay oraciones que tienen un gran poder; hay dioses libertadores, si hemos de creer a los grandes Estados y a los poetas que son hijos de los dioses y sus profetas.

4. — ¿Por qué razón habré, pues, de optar por la justicia, de preferencia a la injusticia? Si damos a ésta las apariencias de la virtud, obtendremos, todo

cuanto queramos de los dioses y de los hombres, en vida y en muerte, como lo dicen a la vez el vulgo y los sabios. Después de todo lo que acabo de decir, ¿cómo explicarse, Sócrates, que un hombre que tenga algún vigor de alma y de cuerpo, a la vez que riquezas o cuna honorable, pueda resolverse, no digo a abrazar el partido de la justicia, sino a no reírse de los elogios que a ella se tributen en su presencia? Digo más todavía; aun suponiendo que haya quien esté convencido de que lo que he dicho es falso, y crea que la justicia es el mayor de los bienes, lejos de emprenderla contra los hombres injustos estará lleno de indulgencia para con ellos; él sabe que a excepción de aquellos a quienes la excelencia de su carácter inspira un natural horror por el vicio, o se abstienen de él porque reconocen su fealdad, nadie ama la justicia por ella misma, y que si hay quien vitupere la injusticia es porque la cobardía, la vejez, o cualquier otra enfermedad le ponen en incapacidad de hacer el mal. La prueba de lo que digo está en que entre las gentes de ese modo de ser el primero que recibe el poder de ser injusto es también el primero en usarlo en cuanto de él depende.

La causa de toda esta mala inteligencia no es otra que la misma que nos ha traído, a mi hermano y a mí, a esta discusión contigo, Sócrates; quiero decir que entre todos vosotros que os decís defensores de la justicia, comenzando por los antiguos héroes — cuyos discursos se han conservado hasta nosotros, — ninguno ha vituperado la injusticia, ni hecho el elogio de la justicia, sino teniendo en mientes la gloria, los honores y las recompensas inherentes a la última. Nadie las ha considerado jamás tal y como ellas afectan realmente al alma humana, lejos de las miradas de los dioses y de los hombres; ni ha demostrado nadie, de

una manera satisfactoria, ya en verso, ya en prosa, que la injusticia es el mayor mal del alma, y la justicia el mayor de sus bienes. Si desde el principio todos vosotros nos hubieseis hablado en ese sentido, si nos hubieseis inculcado ese principio desde nuestra infancia, en vez de ponernos en guardia contra la injusticia de los demás cada uno de nosotros se pondría en guardia contra la propia, temiendo que ella entrase en su alma como se teme el mayor de los males. Trasímaco, o cualquier otro, hubiera podido haber dicho tanto, o más que yo, sobre la justicia y la injusticia, tergiversando temerariamente, a mi ver, la naturaleza de la una y de la otra.

Por lo que a mí respecta, no te oculto que lo que me ha llevado a extenderme en estas objeciones, ha sido el deseo de oír lo que tú hayas de contestar a ellas. No te limites a demostrar que la justicia es preferible a la injusticia. Explicanos los efectos que cada una produce, por sí misma, en el alma; esos efectos que dan a la primera el carácter de un bien y a la segunda el carácter de un mal. Deja de lado la opinión, como Glauco te lo ha recomendado; porque si tú no rechazas absolutamente la opinión verdadera sobre lo justo y sobre lo injusto, y al mismo tiempo admites la opinión falsa, diremos que no elogias la justicia, sino su apariencia; que no condenas la injusticia, sino su apariencia; que aconsejas al hombre injusto el disimulo; que convienes con Trasímaco en que la justicia no es útil sino al más fuerte y no a quien la posee; y que la injusticia, útil y ventajosa en sí misma, no es perjudicial sino al más débil.

Desde el momento en que has convenido en que ella es uno de aquellos bienes excelentes que merecen ser perseguidos por las ventajas que producen, y más

aún, por ellos mismos, como la vista, el oído, la razón, la salud, y todas los demás bienes fecundos de ese carácter, e independientemente de la opinión de los hombres, haz el elogio de la justicia en cuanto ella es en sí misma ventajosa para quien la posee, y condena la injusticia por lo que ella tiene de perjudicial. Deja a otros hacer los elogios que se fundan en las recompensas y en la opinión. Yo podría acaso tolerar, de labios de otro que no fueras tú, esta manera de alabar la justicia y de condenar la injusticia por sus efectos exteriores; mas no podría perdonártelo a ti, a menos que absolutamente lo quisieses, desde el momento en que, en todo el curso de tu vida, ha sido la justicia el único objeto de tus reflexiones. No te limites a demostrarnos que la justicia vale más que la injusticia; haznos ver los efectos que la una y la otra — conocidos o no de los dioses y de los hombres — producen por sí mismas en las almas en que moran, por ser la una un bien y la otra un mal.

IV

Yo había admirado siempre las buenas cualidades de Glauco y de Adimanto; pero en esta ocasión, sobre todo, sus discursos me entusiasmaron vivamente, y les dije :

SÓCRATES

Hijos de tal padre, no ha sido sin razón que el admirador de Glauco comenzó vuestro elogio — cuando os distinguisteis en la jornada de Megara — con las siguientes palabras :

Hijos de Aristón, divina pareja descendiente de un héroe
[ilustre.

Este elogio paréceme que os cuadra perfectamente, ¡oh amigos míos! porque precisa que haya en vosotros algo de verdaderamente divino para que no estéis persuadidos de que la injusticia vale más que la justicia, cuando habéis hablado tan brillantemente sobre esta cuestión. Por otra parte, paréceme que en realidad no estáis persuadidos de ello. Vuestras costumbres y vuestro carácter me lo prueban suficientemente, aun cuando vuestros discursos llevaran a mi espíritu la duda. Pero cuanto más profunda es esta convicción en mi ánimo, más perplejo me hallo ante el partido que debo tomar. De un lado, no sé cómo defender la justicia; paréceme que no tengo para ello las fuerzas, y he aquí la prueba. Creía haber probado claramente, contra lo sostenido por Trasímaco, que la justicia vale más que la injusticia, y, sin embargo, mis razones no os han satisfecho. De otro lado, no sé cómo no defender la justicia; temo que sea una blasfemia el soportar que se la vitupere en mi presencia sin salir a su defensa mientras me quede un soplo de vida y fuerzas suficientes para hablar. En tales condiciones, juzgo que no hay otra cosa mejor que hacer que prestarle mi apoyo en cuanto me sea dado.

Al punto, Glauco y los demás me rogaron que pudiese en defensa de la justicia todas mis fuerzas, que no abandonase la discusión e investigase con ellos el carácter de la justicia y de la injusticia, y cuanto hubiese de efectivo en las ventajas que se les atribuyen. Les he dicho que me parecía que la investigación que deseábamos emprender no era negocio de poca monta y que requería un espíritu clarividente.

SÓCRATES

Como, a mi modo de ver, no somos capaces de em-

prender por nosotros mismos esta investigación, he aquí lo que es necesario hacer. Si uno ordenase a personas que no tienen la vista penetrante, la lectura a distancia de ciertas cartas escritas en caracteres pequeños, y una de ellas hubiese observado que esas mismas cartas se encuentran escritas en otra parte, en grandes caracteres y en una superficie más amplia, creo que les sería más ventajoso leer antes los caracteres grandes y compararlos luego con los pequeños para ver si son los mismos.

ADIMANTO

Es verdad; pero ¿qué relación ves tú entre lo que acabas de decir y nuestra investigación sobre la naturaleza de la justicia?

SÓCRATES

Vengo a decírtelo. ¿No se encuentra la justicia, tanto en los hombres como en los Estados?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

¿Y no es un Estado más grande que un hombre?

ADIMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Por consiguiente, la justicia pudiera muy bien encontrarse allí en caracteres más grandes y más fáciles de discernir. Así pues, buscaremos primero, si os parece bien, cuál es la naturaleza de la justicia en los Estados; en seguida la estudiaremos en el individuo y comparando estas dos clases de justicia, veremos la semejanza de la pequeña con la grande.

ADIMANTO

Esto está muy bien dicho.

SÓCRATES

Mas si examinamos con el pensamiento la manera cómo se forma un Estado, ¿descubriremos, acaso, cómo surgen en él la justicia y la injusticia?

ADIMANTO

Ello podría ser.

SÓCRATES

Tendríamos, entonces, la esperanza de descubrir más fácilmente lo que buscamos.

ADIMANTO

Seguramente.

SÓCRATES

Pues bien, ¿queréis que comencemos? No es una empresa insignificante la que vamos a emprender. Deliberad.

ADIMANTO

Nuestro partido está tomado. Prosigue.

V

1. — SÓCRATES

Creo yo que lo que da nacimiento a un Estado es la impotencia en que el individuo se encuentra para bastarse a sí mismo, y la necesidad que tiene de multitud de cosas. ¿A qué otra causa atribuyes tú el origen del Estado?

ADIMANTO

A ninguna otra.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que la necesidad de una cosa ha obligado al hombre a unirse a otro hombre, y como las necesidades son varias su multiplicidad ha reunido en un mismo paraje a varios individuos con el fin de ayudarse los unos a los otros, y es a esta asociación a lo que hemos convenido en dar el nombre de Estado. ¿No es así?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Pero uno no da a otro lo que tiene, ni efectúa el cambio de una cosa por otra, sino cuando cree encontrar en ello alguna ventaja.

ADIMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Veamos pues, siguiendo este razonamiento, cuáles son los fundamentos del Estado. En realidad ellos se basan en nuestras necesidades.

ADIMANTO

Esto no admite contradicción.

SÓCRATES

La mayor y la más grande de todas es la alimentación, de la cual depende la conservación de nuestro ser y de nuestra vida.

ADIMANTO

Ciertamente que sí.

SÓCRATES

La segunda necesidad es la de la habitación; la

tercera, la del vestido y de todas las cosas que con éste se relacionan.

ADIMANTO

Si.

SÓCRATES

Mas, ¿cómo puede el Estado satisfacer a todas sus necesidades? ¿No será preciso para esto que un individuo sea labrador, otro arquitecto y otro tejedor? ¿Haremos de agregar también que otro sea zapatero, y que otro provea a las necesidades del cuerpo?

ADIMANTO

Ello es indispensable.

SÓCRATES

Todo Estado, pues, está compuesto esencialmente de cuatro o cinco personas.

ADIMANTO

Evidentemente.

SÓCRATES

Pero, ¿será acaso necesario que cada uno ejerza en favor de los demás el oficio que le es propio? ¿Que el labrador, por ejemplo, prepare la comida para los otros cuatro y que emplee cuatro veces el tiempo y cuadruplique sus esfuerzos a fin de preparar el alimento y lo comparta con los otros, o será mejor que sin preocuparse de los demás, y trabajando para él solo, emplee únicamente la cuarta parte del tiempo en preparar su alimento, y las otras tres partes en construirse una casa, en fabricar sus ropas y sus zapatos, sin tomarse el trabajo de preparar nada para los demás, atendiendo por sí mismo a todas sus necesidades?

ADIMANTO

Quizás, Sócrates, el primer procedimiento sería más cómodo.

SÓCRATES

No me sorprende lo que dices, porque en el momento en que hablas pienso que no nacemos todos con las mismas aptitudes, y en que algunos tenemos mejor disposición para hacer unas cosas y otros para hacer otras. ¿No lo crees tú así?

ADIMANTO

Soy de tu opinión.

SÓCRATES

¿Cómo marcharían mejor las cosas, si cada individuo desempeñase varios oficios, o si cada cual se limitase a ejercer el propio?

ADIMANTO

Marcharían mejor si cada cual se limitase a ejercer el oficio que le es conocido.

SÓCRATES

Además, me parece evidente que una cosa no queda bien hecha cuando no se la hace empleando en su ejecución el tiempo debido.

ADIMANTO

Así es la verdad.

SÓCRATES

Porque la obra no espera a la conveniencia del operario, sino que es preciso que este último se acomode a su naturaleza, y que no se limite a consagrar a ella, únicamente, sus horas de ociosidad, como si careciese de importancia.

ADIMANTO

Es preciso que así sea.

SÓCRATES

De donde se sigue que las cosas se hacen en mayor número, mejores, y con más facilidad, cuando cada cual ejecuta la que le es propia, dentro del tiempo requerido, y sin preocuparse de las otras.

ADIMANTO

Seguramente.

SÓCRATES

Nos son, pues, necesarios más de cuatro ciudadanos para satisfacer a las necesidades de que acabamos de hablar. El labrador no debe hacer él mismo la carreta para su propio uso, si quiere que ella quede bien hecha; ni debe hacer tampoco su propia azada, ni los demás instrumentos que sirven para la labranza. Lo propio diremos del arquitecto, el cual necesita muchos utensilios; y del tejedor y del zapatero.

ADIMANTO

Así es la verdad.

SÓCRATES

Tenemos, entonces, que los carpinteros, los herreros y los demás obreros de esta clase, han de entrar a engrandecer nuestro pequeño Estado.

ADIMANTO

Dices bien.

SÓCRATES

No será darle mucha extensión si agregamos los ganaderos, y los pastores de toda clase, a fin de que el labrador pueda disponer de bueyes para el laboreo de las tierras; el arquitecto de bestias de carga para

el transporte de sus materiales; y el zapatero y el tejedor, de las pieles y de las lanas que les son necesarias.

ADIMANTO

Un Estado que reuna tal número de personas, deja de ser un Estado pequeño.

SÓCRATES

Mas no es eso todo : es casi imposible fundar un Estado en un lugar en donde no se experimente la necesidad de las mercancías importadas de otra parte.

ADIMANTO

Ello es imposible, en efecto.

SÓCRATES

Nuestro Estado tendrá, por tanto, necesidad de otras personas encargadas de ir a buscar en otros Estados lo que a aquél le falte.

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Pero si esas personas llegan con las manos vacías, sin aportar nada en cambio de lo que a ellas mismas les falta, se regresarán también con las manos vacías, ¿no es cierto?

ADIMANTO

Parece que sí.

SÓCRATES

Será, pues, preciso trabajar no sólo por satisfacer las necesidades del Estado, sino también por las del extranjero en proporción con sus necesidades.

ADIMANTO

Ello será preciso.

SÓCRATES

Tendrá, pues, el Estado necesidad de un número mayor de labradores y de otros obreros.

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Será preciso, pues, que un número de personas se dedique a la exportación y a la importación; esto es, que sean comerciantes, ¿no es así?

ADIMANTO

Así es.

SÓCRATES

Tendremos pues necesidad de comerciantes.

ADIMANTO

Ciertamente.

SÓCRATES

Y si el comercio se hace en el mar, será preciso un gran número de personas hábiles en esa clase de comercio.

ADIMANTO

Nos será preciso un gran número, en verdad.

2. — SÓCRATES

Pero, ¿cómo se distribuirán los ciudadanos el trabajo en el interior mismo del Estado? Tal es, en efecto, la razón por la cual les hemos asociado, formando un Estado.

ADIMANTO

Es evidente que será por medio de las compras y de las ventas.

SÓCRATES

Esto hará surgir la necesidad de un mercado y de

una moneda, signo representativo de los objetos cambiados.

ADIMANTO

Ciertamente.

SÓCRATES

Pero si suponemos que el labrador o cualquier otro artesano que haya llevado al mercado lo que tiene para vender, no se ha dado el tiempo necesario dentro del cual los otros tienen necesidad de cambiar su mercancía, interrumpirá por ellos su trabajo y permanecerá allí ocioso.

ADIMANTO

De ningún modo. Hay gentes que se han dado cuenta de este inconveniente, y se ofrecen para prestar este servicio; y en los Estados que disfrutan de un buen servicio de policía, esas gentes son, por lo común, las que no gozan de buena salud y son, por lo mismo, incapaces para el desempeño de otras ocupaciones. Su oficio consiste en permanecer en el mercado y en comprar a los unos lo que tienen a la venta a fin de revender a los otros lo que tienen necesidad de comprar. Este servicio da origen en un Estado a la clase que llamamos de revendedores.

SÓCRATES

¿No damos nosotros el nombre de revendedores a aquellos que se establecen en el mercado para la compra y para la venta, y el nombre de comerciantes a los que viajan de un Estado a otro?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Pero parece que todavía hay otra clase, consti-

tuída por gentes poco dignas del Estado, gentes aptas para los trabajos duros y cuya fortaleza está a prueba de la fatiga. Trafican ellas con el vigor de su cuerpo, y dan el nombre de salario al dinero que ese tráfico les procura, razón por la cual, según creo, se les da el nombre de mercenarios, ¿no es cierto?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Paréceme, pues, que los mercenarios son complemento de un Estado.

ADIMANTO

Así es.

SÓCRATES

¿Crees tú, querido Adimanto, que nuestro supuesto Estado ha crecido ya lo bastante para ser perfecto?

ADIMANTO

Puede ser.

SÓCRATES

¿En dónde encontrar la justicia y la injusticia? ¿O crees tú que ellas surgen de los elementos que acabamos de examinar?

ADIMANTO

No lo creo, Sócrates, a menos que no sea de las relaciones mutuas que la necesidad crea entre los ciudadanos.

SÓCRATES

Puede que tengas razón; pero precisa que estudiemos más la cuestión, sin descorazonarnos. Consideremos, en primer lugar, el género de vida que los hombres, así organizados, habrán de llevar. Se procurarán ellos el alimento, el vino, los trajes y el calzado; cons-

truirán habitaciones; durante el verano trabajarán con ropas ligeras y los pies desnudos, y durante el invierno, bien abrigados y calzados. Por lo que a la alimentación respecta, se prepararán pasteles de harina de maíz y de trigo, de la mejor clase, que endurecerán y harán cocer al fuego; se servirán panes y tortas sobre pajas o sobre hojas frescas; tendidos en lechos fabricados con ramas pequeñas de mirto y de pino, tomarán sus comidas con sus hijos; libarán el vino, se coronarán de flores, cantarán himnos a los dioses, y pasarán su vida en medio de la felicidad y de la alegría. Limitarán, por otra parte, en proporción con su fortuna, el número de sus hijos por temor a la pobreza y a la guerra.

3. — GLAUCO

Me parece, dijo éste interrumpiéndome, que fuera del pan que ellos mismos se fabrican, no les das nada que comer.

SÓCRATES

Tienes razón : había olvidado decir que tendrán también la sal, las aceitunas y el queso; que cocerán las cebollas, las legumbres y las plantas propias para la confección de sopas, que se producen en los campos. No les privo tampoco de los postres, pues tendrán higos, avellanas, y nueces que tostarán entre las cenizas de las ramas de mirto y comerán acompañados de bebidas moderadas, disfrutando así, durante toda su vida, de la tranquilidad y de la salud; alcanzarán edad avanzada, y al morir dejarán a sus hijos la herencia de una vida feliz.

GLAUCO

Si formaras tú un Estado de cerdos, ¿los engordarías de otro modo?

SÓCRATES

¿Qué sería preciso hacer entonces, mi querido Glauco?

GLAUCO

Lo que se hace de ordinario. Si tú quieres mantenerlos contentos, suminístrales lechos y mesa con los manjares y los postres que están hoy en uso.

SÓCRATES

Perfectamente. Comprendo lo que quieres decir. No busquemos simplemente el origen de un Estado, sino el de un Estado muelle. Acaso no sea este un mal. De esta manera podríamos descubrir por donde penetran a los Estados la justicia y la injusticia. De cualquier modo que sea, el verdadero Estado, o sea aquel que goce de una sana constitución, es el que acabamos de describir. Mas si tú quieres ahora que lancemos una mirada sobre un Estado informe, saturado de malos humores, nada nos lo impide. Hay razón para creer que muchos no estarán contentos ni con esa organización ni con ese régimen. Agregarán ellos lechos, mesas, muebles de otra especie, manjares variados, perfumes, esencias, cortesanas, viandas, y de todo ello en abundancia. No es necesario elevar simplemente al rango de cosas necesarias aquello de que hablábamos hace un momento, o sea, la vivienda, los trajes y el calzado; pintaremos ahora el cuadro con sus mil colores; es preciso que tengamos el oro, el marfil, y materias preciosas de toda clase, ¿no es esto?

GLAUCO

Sí.

4. — SÓCRATES

Será, pues, preciso dar mayor ensanche todavía

al Estado, porque ese Estado sano de que he hablado, ya no es suficiente. Será necesario llenarle de una multitud de gentes que el lujo y la necesidad han introducido en los Estados, como, por ejemplo, los cazadores de toda especie, y todos aquellos cuyo arte consiste en la imitación, por medio de las figuras, los colores y los sonidos; sobre todo los músicos, los poetas con su cortejo ordinario, los rapsodas, los actores, las bailarinas, los promotores, los obreros de todo género — sobre todo aquellos que tienen el oficio de adornar a las mujeres — y una multitud de personas empleadas en su servicio. ¿No tendremos también necesidad de preceptores, de institutrices, de nodrizas, de peinadoras, de barberos, de mesoneros y cocineros, y hasta de predicadores? Nada de esto se encuentra en nuestro primer Estado, porque nada de ello se necesitaba; pero en éste no podremos pasarnos sin estas cosas, ni tampoco sin los animales de toda especie que hayan de satisfacer la mesa de cada uno, ¿no es cierto?

GLAUCO

¿Cómo pasarse sin todo ello, en efecto?

SÓCRATES

De suerte que también sentiremos la necesidad del médico más a menudo con este tren de vida que con el otro.

GLAUCO

Si, será preciso emplear al médico con mayor frecuencia.

SÓCRATES

Y el país que antes se bastaba a sí mismo para atender a las necesidades de sus habitantes, ¿no se tornará más pequeño e insuficiente?

GLAUCO

Es verdad.

SÓCRATES

Nos será, pues, preciso que nos extendamos sobre el país vecino, si queremos que el nuestro dé a basto para los cultivos y el pastoreo; y nuestros vecinos harán otro tanto, con respecto a nosotros, si se lanzan también por el camino de una insaciable extravagancia que sobrepase los límites de lo necesario.

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

Entonces, ¿haremos la guerra, Glauco? ¿o qué sucederá?

GLAUCO

Haremos la guerra.

SÓCRATES

No nos ocupemos todavía de los bienes y de los males que la guerra trae consigo. Digamos únicamente que hemos descubierto el origen de ese flagelo tan funesto a los Estados y a los individuos.

GLAUCO

Eso es bien cierto.

SÓCRATES

Si el Estado crece más todavía, ya no le basta con un pequeño ejército, sino que necesita uno más poderoso. Ese ejército entrará en campaña para defender el territorio, todos los bienes que hemos enumerado, y combatir la invasión.

GLAUCO

¡Cómo! ¿No podrán los ciudadanos mismos hacer eso?

SÓCRATES

No, si respetamos el principio sobre el cual nos pusimos de acuerdo al formular nuestro plan del Estado. Recordarás que convinimos en que es imposible que un hombre solo desempeñe varios oficios a la vez.

GLAUCO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

¿Crees tú, acaso, que el hacer la guerra no es un oficio?

GLAUCO

Ciertamente que lo es.

SÓCRATES

¿Cres que el Estado tenga mayor necesidad de un buen zapatero que de un buen guerrero?

GLAUCO

De ningún modo.

SÓCRATES

Nosotros no hemos querido que el zapatero ejerza a un mismo tiempo los oficios de labrador, tejedor o arquitecto, sino únicamente su oficio de zapatero, a fin de que llene mejor su cometido. Asimismo, hemos destinado a cada cual al oficio que le es propio sin permitirle entrometerse en ningún otro, ni que tenga durante su vida otro objeto que perfeccionar el suyo. ¿Piensas tú que el oficio de guerrero no sea de la mayor importancia, o que sea tan fácil de aprender que un labrador, un zapatero, o cualquier otro artesano pudiera ser a la vez guerrero, en tanto que no se puede llegar a ser buen jugador de taba o de dados, si uno no se dedica a esos juegos desde la infancia, y no en sus horas de ocio? ¿Bastará acaso empuñar un

escudo, o cualquier otra arma o instrumento de guerra, para llegar a improvisarse, de un golpe, en buen soldado de infantería o de cualquier otro servicio militar, siendo así que un instrumento, de cualquier otro arte que sea, por más que lo tome uno en sus manos, no le convertirá nunca en artesano ni en atleta, y que será siempre inútil sin el conocimiento de los principios de cada arte y de un competente aprendizaje?

GLAUCO

Si las cosas fuesen así, los instrumentos tendrían un gran valor.

5. — SÓCRATES

Así, pues, cuanto más importante es el oficio de guardián del Estado, mayores son el tiempo, el arte y los cuidados que demanda.

GLAUCO

Así lo creo.

SÓCRATES

¿No exiges tú, además, una aptitud natural?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Pienso que a nosotros corresponde escoger, si es que somos capaces de ello, la naturaleza y el género de las medidas que sean convenientes para la salvaguardia del Estado.

GLAUCO

Sí, esa elección nos interesa.

SÓCRATES

¡ Ah ! Nos encargamos de una cuestión bien difícil;

sin embargo, no hay que desalentarnos, al menos en tanto que las fuerzas nos lo permitan.

GLAUCO

No; es preciso no desmayar.

SÓCRATES

¿No crees tú que existe cierta semejanza entre las cualidades de un perro de raza y las de un guerrero joven y valeroso cuando se trata de montar la guardia?

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

Que tanto el uno como el otro han de tener sagacidad para descubrir al enemigo, voluntad para perseguirle y fuerza para combatirlo, si fuera preciso, una vez que le hayan dado alcance.

GLAUCO

En efecto, todas esas cualidades son necesarias.

SÓCRATES

Y también la del valor para batirse bien.

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

¿Pero es que el caballo, el perro, o un animal cualquiera pueden ser valerosos si no montan en cólera? ¿No has notado tú que la cólera es algo indomable que torna el alma intrépida y la hace incapaz de retroceder ante el peligro?

GLAUCO

Lo he notado.

SÓCRATES

He ahí, pues, cuales son, evidentemente, las cualidades corporales que debe tener el que preste el servicio de guardia.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Y por lo que respecta al alma, la cólera es el factor esencial.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Pero, si nuestros guerreros tienen ese carácter irascible, ¿no te parece, querido Glauco, que se reñirán entre sí y serán agresivos con los demás ciudadanos?

GLAUCO

Difícil sería que fuese de otro modo.

SÓCRATES

Sin embargo, es preciso que sean generosos y nobles para con sus amigos y ásperos para con sus enemigos. Sin estas condiciones no habrá que esperar a que otros vengan y los destruyan, porque harán surgir la animosidad entre ellos y se destruirán a si mismos.

GLAUCO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

¿Qué hacer, pues? ¿En dónde encontrar caracteres que sean a la vez suaves e irascibles? La suavidad es lo contrario de la cólera.

GLAUCO

Ello es evidente.

SÓCRATES

Sin embargo, cualquiera que sea la que falte de estas dos condiciones, quien no las tenga a la vez no podrá ser buen guardián; tenerlas ambas es imposible, de donde llegamos a la conclusión de que el buen guardián no se encuentra en parte alguna.

GLAUCO

Puede que así sea.

Vacíle por algunos momentos y reflexioné sobre lo que acababa de decir.

SÓCRATES

Si nos hallamos un tanto perplejos, querido Glauco, lo tenemos bien merecido por haber abandonado la comparación que hicimos en un principio.

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

No hemos pensado en que en realidad sí se encuentran esos caracteres que nosotros juzgábamos imposibles de hallar, y que reúnen las dos cualidades contrarias.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

Se las puede observar en diferentes animales, y sobre todo en el que nosotros comparábamos al guardián. Tú sabes que es propio de los perros de buena raza el ser tan nobles como es posible para con aquellos a quienes conocen, nobleza o adhesión que llega hasta la familiaridad; y que les es también propia la condición contraria para con respecto a aquellos que no les son conocidos.

GLAUCO

Ya lo sé.

SÓCRATES

La cosa es, pues, posible, y cuando buscamos un guardián que reúna esas condiciones no pedimos nada que vaya contra la naturaleza.

GLAUCO

No.

6. — SÓCRATES

¿No crees tú que todavía le falte algo a nuestro futuro guardián, y que además de colérico deba ser también naturalmente filósofo?

GLAUCO

¿Cómo así? No te comprendo.

SÓCRATES

Tú puedes observar este instinto en el perro, y por cierto que es una cualidad admirable en ese animal.

GLAUCO

¿Cuál instinto?

SÓCRATES

El de la hostilidad contra aquellos a quienes no conoce, aunque no haya recibido de ellos mal ninguno, y el de agasajar a aquellos a quienes conoce, aunque de ellos no haya recibido ningún bien; ¿no has admirado tú ese instinto en los perros?

GLAUCO

Hasta ahora no he parado mientes en ello, pero es como tú lo dices.

SÓCRATES

Hay, sin embargo, en este modo de ser algo de singular y de verdaderamente filosófico.

GLAUCO

Explicate si te place.

SÓCRATES

Quiero decir que no distingue al amigo del enemigo sino porque el primero le es conocido y el segundo no. Por otra parte, ¿cómo negar que experimenta el deseo de aprender desde el momento en que observa ciertas reglas que le permiten distinguir al amigo del extraño, conocer al primero y desconocer al segundo?

GLAUCO

No es posible que sea de otro modo.

SÓCRATES

Y el deseo natural de aprender, ¿no revela acaso un temperamento filosófico?

GLAUCO

Los dos son una misma cosa.

SÓCRATES

Podemos, pues, llegar con toda confianza a la conclusión de que también el hombre, por razón de su suavidad para con sus amigos y conocidos, debe ser naturalmente filósofo y desear la ciencia con avidez.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Por consiguiente, el guardián del Estado ha de ser naturalmente filósofo, enérgico, ágil y fuerte, si ha de llenar bien su cometido.

GLAUCO

Sin duda alguna.

SÓCRATES

Tal debe ser, pues, el carácter de nuestros guerreros. Mas ¿cómo formarles el espíritu y el cuerpo? ¿Podrá esta investigación servirnos para llegar al objetivo de nuestro debate, que no es otro que el de examinar cómo hacen su aparición en el Estado la justicia y la injusticia? Es esto lo que precisa hacer para no perder de vista una cuestión importante, o para evitar divagaciones.

EL HERMANO DE GLAUCO

Creo yo que esta investigación habrá de sernos útil para llegar a nuestro objetivo.

SÓCRATES

En ese caso, mi querido Adimanto, precisa no abandonarla por más extensa que sea.

ADIMANTO

Sin duda alguna.

SÓCRATES

Pues bien, imitando a aquellos que refieren fábulas, imaginemos de palabra, y con espacio, la educación de nuestros guerreros.

VI

1. — SÓCRATES

¿Cuál será, pues, esa educación? ¿Será fácil encontrar una mejor que la establecida entre nosotros desde hace largo tiempo, y que consiste en educar el cuerpo por la gimnasia y el alma por medio de la música?

ADIMANTO

No.

SÓCRATES

¿Habremos de comenzar su educación por medio de la música (1) más bien que por la gimnástica?

ADIMANTO

¿Cómo así?

SÓCRATES

¿No son los discursos parte de la música?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

¿No hay dos clases de discursos, verdaderos los unos y fabulosos los otros?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Creo yo que entrambos sirven a la educación, y desde luego los que son fabulosos.

ADIMANTO

No comprendo lo que quieres decir.

SÓCRATES

¿No comprendes tú que nuestros primeros discursos a los niños tienen siempre el carácter de fábulas? Por lo general, éstas contienen muchas invenciones; pero también hay en ellas mucho de verdad. A los niños se les divierte con estos relatos antes de enviarlos a la gimnástica.

ADIMANTO

Es cierto.

(1) Entiende Platón por música el conjunto de todas las ciencias y las artes que contribuyen a formar el espíritu, o sea, el canto, el baile, la poesía, la elocuencia y la filosofía.

SÓCRATES

Es por esto por lo que digo que precisa comenzar por la gimnástica más bien que por la música.

ADIMANTO

Has dicho bien.

SÓCRATES

¿Sabes tú que lo más importante en todas las cosas es siempre su principio, sobre todo tratándose de seres jóvenes y tiernos? Porque es entonces cuando se moldea el carácter que se les quiere formar.

ADIMANTO

Perfectamente .

SÓCRATES

¿Habremos de tolerar que los niños escuchen toda clase de fábulas imaginadas por el primero que llega, y que acojan en su espíritu ideas que en la mayoría de los casos son contrarias a aquellas que nosotros juzgamos han menester en la edad madura?

ADIMANTO

De ninguna manera.

SÓCRATES

Es, pues, preciso, ante todo, en mi opinión, cuidarse de los que componen fábulas; escoger las buenas y rechazar las malas. Comprometeremos a las nodrizas y a las madres a que cuenten a los niños las fábulas escogidas, y a que pongan mayor cuidado en la formación de sus almas que el que pongan en la formación de su cuerpo... Es preciso desechar la mayor parte de las fábulas que madres y nodrizas enseñan hoy a los pequeños.

ADIMANTO

¿Cuáles son éstas?

SÓCRATES

Juzgaremos de las más pequeñas por las más grandes, porque unas y otras deben ser hechas sobre el mismo modelo y producir el mismo efecto, ¿no es así?

ADIMANTO

Si, pero no veo cuáles sean esas grandes fábulas a que te refieres.

SÓCRATES

Aquellas que Hesiodo y Homero, y los demás poetas, han compuesto; fábulas mentirosas que no tienen otro fin que el de divertir a los hombres de todos los tiempos.

ADIMANTO

¿Cuáles son esas fábulas, y qué encuentras tú de vituperable en ellas?

SÓCRATES

Lo que desde luego tienen ellas de vituperable, es decir, las mentiras que causan espanto.

ADIMANTO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

Que aquellos fabulistas que no presentan a los dioses y a los hombres, tales como ellos son, se asemejan al pintor que no copia el parecido de las personas a quienes retrata.

ADIMANTO

La critica es, en efecto, merecida; mas ¿cómo aplicarla a los poetas y qué tenemos que reprocharles?

SÓCRATES

En primer lugar, el fabulista ha imaginado las mayores falsedades con respecto a los dioses mayores,

como la que Hesiodo (1) escribió respecto de Urano (2) y la manera como describe la venganza de Crono. Aunque la conducta de Crono, y la manera como fué tratado a su turno por su hijo, fuesen ciertas, creo yo que no era preciso relatar los hechos con tanta ligereza a los niños, faltos de criterio para juzgar de ellos; y que hubiese sido mejor relegarlos al más profundo silencio; o que, si era necesario hablar de ellos, debiera haberse empleado un lenguaje misterioso, ante el menor número posible de oyentes, después de haberles hecho inmolar, no un cerdo (3), sino una víctima preciosa y rara, a fin de reducir lo más posible el auditorio.

ADIMANTO

Sin duda, porque estos relatos son peligrosos.

SÓCRATES

En nuestro Estado, mi querido Adimanto, también se les prohibirá. No será permitido en él decir, delante de un joven, que nada tiene de extraordinario que un hijo cometa los mayores crímenes, ni que ejecute las más crueles venganzas por injusticias que haya recibido de su padre, porque no hará sino seguir el ejemplo de los primeros y más exaltados dioses.

ADIMANTO

Evidentemente, a mí tampoco me parece que sea saludable que esas cosas se digan.

(1) Hesiodo, *Teogonía*, v. 138 y 178.

(2) Urano, el más antiguo de los dioses; tuvo 18 hijos, entre otros a Saturno, los Ciclopes y los Titanes que se rebelaron contra él y le destronaron.

(3) Era preciso inmolar un cerdo antes de ser iniciado en los misterios de Eleusis.

Precisa también cuidarse de decir que los dioses hacen la guerra a los dioses, que se tienden lazos y se riñen entre sí, porque eso no es verdad. Si pretendemos que los futuros guardianes del Estado consideren como la mayor de las vergüenzas el odiarse entre sí, sin serio motivo, es preciso evitar que se les hagan conocer, ya sea de viva voz, ya sea por medio de representaciones simbólicas, los combates de los gigantes, y esos odios de toda especie que han armado a los dioses y a los héroes en contra de sus vecinos y de sus amigos. Por el contrario, si queremos persuadirles de que la discordia no ha dividido nunca a los guardianes de un mismo Estado, y que tal cosa es criminal, precisa que las gentes de edad de ambos sexos, y todos aquellos que tengan la superioridad de los años eviten decir a los niños, desde su más tierna edad, cuanto no tienda a este fin; y precisa también obligar a los poetas a que se propongan el mismo objeto en sus divagaciones. Entre nosotros no será permitido que se diga que Juno fué encadenada por su hijo, y Vulcano, precipitado del cielo por su padre, por haber querido socorrer a su madre cuando aquél la golpeaba (1); ni que se refieran todos aquellos combates de los dioses, imaginados por Homero, con alegorías o sin ellas; porque un niño no está en edad de distinguir entre lo que es y no es alegórico, y todas las impresiones que recibe a su edad se hacen indelebles. Es por esto por lo que es de suma importancia que las primeras fábulas que escuchen los niños sean las más adecuadas para conducirlos por el camino de la virtud.

2. — ADIMANTO

Lo que dices es muy sensato; pero si se nos pregunta

(1) *Iliada*, I, v. 588.

cuáles son esas fábulas y discursos, ¿qué diríamos?

SÓCRATES

Adimanto, nosotros no somos aquí poetas, sino fundadores de un Estado. A éstos corresponde conocer los modelos a que deben ceñirse los poetas en la composición de sus fábulas, y prohibir aquellas que deban evitarse; pero no les corresponde el ser poetas.

ADIMANTO

Muy bien dicho; ¿pero qué reglas prescribirías tú para las fábulas que conciernen a los dioses?

SÓCRATES

Helas aquí : en la epopeya, como en la oda y en la tragedia, es siempre preciso representar a Dios tal cual es.

ADIMANTO

Ello es preciso.

SÓCRATES

¿No es Dios esencialmente bueno, y no es teniendo esto en cuenta como se debe hablar de Él?

ADIMANTO

¿Quién lo duda?

SÓCRATES

Nada que sea bueno es perjudicial, ¿no es así?

ADIMANTO

Me parece que no.

SÓCRATES

Lo que no es perjudicial, ¿perjudica, en efecto?

ADIMANTO

De ninguna manera.

SÓCRATES

Lo que no perjudica, ¿causa algún mal?

ADIMANTO

Tampoco.

SÓCRATES

Lo que no causa males, ¿no puede ser causa de males?

ADIMANTO

¿Cómo serlo?

SÓCRATES

¡Cómo! Lo que es bueno, ¿es causa de bienes?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

¿Y por consiguiente causa de los bienes que se hacen?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Lo que es bueno no es, pues, causa de todo; es causa del bien, pero no causa del mal.

ADIMANTO

Ella es necesariamente así.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que siendo Dios un ser esencialmente bueno, no es la causa de todo como se dice ordinariamente; no es la causa sino de una mínima parte de las cosas que a los hombres ocurren, y no de las demás; porque el número de nuestros bienes es

mucho más pequeño que el de nuestros males. Sólo a Él debemos atribuir los bienes, porque en cuanto a los males es preciso buscar otra causa distinta de Dios.

ADIMANTO

En mi concepto, nada es más verdadero.

SÓCRATES

No se debe, pues, admitir el error de Homero, o de cualquier otro poeta lo suficientemente insensato para blasfemar contra los dioses, y decir, como ha dicho aquél, que

en los palacios de Júpiter hay dos toneles, lleno de destinos venturosos el uno, y de desgracias el otro (1);

y que cuando vierte el contenido de entrambos toneles sobre un mortal,

su vida es una mezcla de sucesos malos y de sucesos buenos (2);

y que cuando no vierte sino el contenido del segundo de los toneles sobre un hombre,

por todas partes le persigue el mal (3).

Tampoco es preciso creer en que

Júpiter sea el distribuidor de los bienes y de los males (4).

3. — Si el poeta dice que la violación de los juramentos y de la tregua por Pandora (5) se efectuó a instigación de Minerva y de Júpiter, nos guardaremos bien de impartirle nuestra aprobación. Lo propio haremos con respecto a la querella de los dioses, apaciguados por Themis y por Júpiter (6), y de aquellos

(1) *Iliada*, XXIV, v. 527.

(2) *Id.*, XXIV, v. 530.

(3) *Id.*, XXIV, v. 532.

(4) *Id.*, IV, v. 84.

(5) *Id.*, IV, v. 55.

(6) *Id.*, XX, v. 1-30.

versos de Esquilo, que no toleraremos que se reciten delante de nuestros jóvenes :

que Dios, cuando quiere destruir una familia por completo, hace surgir la ocasión de castigarla (1).

Si algún poeta representa en la escena en donde se reciten estos yámbicos los infortunios de Niobe, de Pelópidas, de los Troyanos, o cualquier otro asunto semejante, será preciso no dejarle decir que esos infortunios son obra de Dios; o, si lo dice, será preciso que halle para ello una razón como la que nosotros buscamos en este momento. Debe decir que Dios no ha hecho sino cosas justas y buenas, y que ese castigo ha redundado en ventajas para quienes lo han recibido. Lo que no habrá que dejarle decir al poeta es que aquellos que reciben el castigo son desgraciados, y que su desgracia es atribuible a Dios. Si, por el contrario, dice que los malos son desgraciados, que han tenido necesidad de un castigo, pero que éste ha sido un bien de Dios, será preciso dejarlos en libertad. El que diga que Dios, un ser esencialmente bueno, es autor de algún mal, es al que hay que combatir a toda costa si queremos que el Estado esté bien regido; y no permitiremos ni a los ancianos, ni a los jóvenes, el que digan ni escuchen discursos semejantes, ya en verso, ya en prosa, porque tales discursos son impíos, perjudiciales y absurdos.

ADIMANTO

Esta ley me place mucho, y con gusto me adhiero a su establecimiento.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que la primera ley y la primera

(1) Estos versos yámbicos son probablemente sacados de la tragedia de Niobe que se ha perdido. Véase Wittenbach, sobre Plutarco, tomo I, pág. 134 y siguientes.

regla con respecto a los dioses (1) prescribirá el que se reconozca en los discursos ordinarios, y en las composiciones poéticas, que Dios no es el autor de todo lo creado, sino únicamente del bien.

ADIMANTO

Eso basta.

SÓCRATES

¿Qué opinas tú de esta segunda ley? ¿Crees tú que Dios sea un hechicero, capaz de tendernos lazos y de asumir mil formas diversas, presentándose unas veces realmente, cambiando su imagen en una multitud de formas diferentes, engañando otras veces, y haciéndonos creer que las apariencias son la realidad? ¿O no es más bien un ser simple y el menos capaz de abandonar la forma que le es propia?

ADIMANTO

No sé, por el momento, qué decirte.

SÓCRATES

¡ Pero cómo ! Cuando un ser se transforma, ¿no es absolutamente necesario que esa transformación provenga de él mismo o de algún otro?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Ante todo, tratándose de los cambios que provienen de una causa extraña, los seres mejor constituidos, ¿no son aquellos menos expuestos y menos sometidos a causas extrañas? Por ejemplo, el cuerpo menos afectado por la alimentación, la bebida y el trabajo, y la planta menos sensible a los ardores del sol, a los vien-

(1) Platón habla tanto de Dios como de los dioses. El temor a una muerte semejante a la de Sócrates, explica suficientemente su reserva.

tos y a otros accidentes de ese carácter, ¿no son los más sanos y los más robustos?

ADIMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Y el alma más valerosa y más sabia, ¿no es aquella menos turbada y menos alterada por accidentes exteriores?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Por la misma razón, todas las obras salidas de la mano del hombre, los muebles, los edificios, los vestidos, etc., resisten al tiempo y a cuanto puede destruirlos, en relación con la bondad de su factura y la de los materiales empleados en ellos.

ADIMANTO

Es verdad.

SÓCRATES

En general, todo ser perfecto, ya sea que su perfección emane de la naturaleza o del arte, o de entrambos, es el que menos expuesto está a los cambios procedentes de una causa extraña.

ADIMANTO

Ello debe ser así.

SÓCRATES

Pero Dios es un ser perfecto, así como todo aquello que participa de su naturaleza.

ADIMANTO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

Así, pues, el ser que menos puede asumir diversas formas es Dios.

ADIMANTO

Muy cierto.

4. — SÓCRATES

¿Cambiaría, acaso, de forma por virtud de un acto espontáneo?

ADIMANTO

Evidentemente, si es que cambia.

SÓCRATES

¿Asumiría una forma mejor y más bella, o una forma inferior y más fea?

ADIMANTO

Necesariamente, si Dios cambia, ello no puede ser sino para mal; porque no habremos de decir que le falte ninguna perfección de belleza o de virtud.

SÓCRATES

Bien; esto sentado, ¿crees tú, Adimanto, que un ser, cualquiera que sea, hombre o dios, consienta en asumir una forma menos bella que la propia?

ADIMANTO

Imposible.

SÓCRATES

Es, pues, imposible que un dios cambie de forma, y cada uno de los dioses, siendo tan bellos y tan buenos como puedan serlo, conserva, con una simplicidad inmutable, la forma que le es propia.

ADIMANTO

Paréceme que ello es absolutamente necesario.

SÓCRATES

Que no haya, pues, poeta alguno que pretenda decirnos que

...los dioses, asumiendo la figura de viajeros de diversos países, recorren los pueblos bajo disfraces de toda especie... (1)

y que no nos digan tampoco mentiras acerca de Proteo (2) y de Tetis (3); ni nos representen a Juno, en la tragedia o en cualquiera otra clase de poemas, bajo la figura de una sacerdotisa que mendiga

para los tributarios bienhechores del río Inachus de Argos (4);

ni inventen tantas otras ficciones de esta clase. Que las madres, con la imaginación invadida por estas ficciones, no amedrenten a sus hijos refiriéndoles, sin venir al caso, que hay dioses que vagan por todas partes, durante la noche, disfrazados como viajeros de todos los países; y que no blasfemen de los dioses a la vez que hacen más tímidos a sus pequeñuelos.

ADIMANTO

Que se cuiden bien de hacer tal cosa.

SÓCRATES

Pero, ¿no es verdad que los dioses, por sí mismos incapaces de todo cambio, nos hacen creer que se muestran bajo una gran variedad de formas extrañas por virtud de sortilegios y de encantamientos?

ADIMANTO

Puede ser.

(1) *Odisea*, XXVII, v. 485.

(2) *Odisea*, IV, v. 364.

(3) Píndaro *Neméennes*, III, v. 60.

(4) *Inachus*, drama satírico, atribuido a Sófocles, a Esquilo y a Eurípides.

SÓCRATES

¡Cómo! ¿Piensas acaso que un dios quisiera mentir de palabra o de obra, presentándonos un fantasma en vez de presentársenos él mismo?

ADIMANTO

No lo sé.

SÓCRATES

¡Cómo! ¿No sabes tú que la verdadera mentira, si es que puedo hablar así, es detestada por igual por todos los dioses y por todos los hombres?

ADIMANTO

¿Qué quieres decir con esto?

SÓCRATES

Entiendo por esto, que no hay quien quiera dar asilo a la mentira en la parte más noble de su ser; ni tampoco, en relación con ella, a cosas de la mayor importancia. Creo, por el contrario, que no hay nada que uno tema más.

ADIMANTO

Aun no te entiendo.

SÓCRATES

Tú crees que digo algo demasiado elevado e incomprendible para la generalidad de las gentes; pero quiero decir únicamente que nadie quiere engañar ni ser engañado sobre la naturaleza de las cosas; esto es, que nadie quiere ignorar la verdad, ni dar asilo a la mentira en su alma, y que es esto lo que con más fuerza rechaza su espíritu.

ADIMANTO

Tienes perfecta razón.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que la verdadera mentira, en la acepción más justa del vocablo, es la ignorancia que afecta el alma de aquellos que han sido engañados, porque la mentira en las palabras no es sino una imitación del sentimiento que experimenta el alma, un fantasma que se produce más tarde. No es una mentira pura, ¿no es cierto?

ADIMANTO

Absolutamente.

5. — SÓCRATES

La verdadera mentira es, pues, detestada igualmente por los dioses y por los hombres.

ADIMANTO

Así lo creo.

SÓCRATES

Mas ¿no es la mentira en las palabras útil algunas veces a ciertas personas, hasta el punto de despojarla de lo que le es odioso? ¿No hay algo de útil en la mentira, tanto contra el enemigo como con respecto de aquellos a quienes uno da el título de amigos, cuando el furor o la demencia los induce a cometer una mala acción, y la mentira puede ser un remedio para desviar sus designios? Y en las composiciones poéticas de que acabamos de hablar, cuando ignoramos la verdad exacta sobre los hechos pasados, y damos a la mentira toda la verosimilitud posible, ¿no la convertimos también en cosa útil?

ADIMANTO

Ciertamente.

SÓCRATES

Pero ¿en virtud de cuál de estas razones sería útil la mentira a Dios? La ignorancia de lo que ha ocurrido en tiempos pasados, ¿le obligaría a disfrazar la mentira bajo los colores de la verdad?

ADIMANTO

Decir tal cosa sería ridículo.

SÓCRATES

Por consiguiente, no hay en Dios un poeta mentiroso.

ADIMANTO

Yo no lo creo.

SÓCRATES

El temor a sus enemigos, ¿le obligaría a mentir?

ADIMANTO

Sería preciso que ese temor fuese muy grande.

SÓCRATES

¿O acaso le obligaría a ello la demencia o el furor de sus enemigos?

ADIMANTO

Los insensatos y los furiosos, sin embargo, no son amados de Dios.

SÓCRATES

No hay, pues, razón para que Dios mienta.

ADIMANTO

No la hay en verdad.

SÓCRATES

Dios es un ser eminentemente divino, y por tanto incapaz de mentir.

ADIMANTO

Absolutamente incapaz.

SÓCRATES

Siendo un ser esencialmente verdadero en palabras y en obras, Dios no cambia de forma, ni engaña a nadie, ora asumiendo forma fantástica, ora por medio de signos que nos envíe cuando velamos o durante nuestro sueño.

ADIMANTO

Tus discursos me convencen de ello.

SÓCRATES

¿Apruebas, pues, esta segunda ley que nos prohíbe representar a los dioses como hechiceros que asumen formas diversas y que nos engañan con sus palabras y sus actos, tanto en los discursos ordinarios como en las composiciones poéticas?

ADIMANTO

La apruebo, en efecto.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que aunque elogiamos muchos de los pasajes de Homero, no habremos de elogiar aquel en que nos dice que Júpiter inspiró un sueño a Agamenón (1), ni el pasaje de Esquilo en que Tetis recuerda que Apolo (2), cantando en sus bodas,

había predicho su felicidad de madre y prometídole hijos libres de enfermedades, que llegarían a una feliz ancianidad. Después de haberme anunciado sin reservas una suerte bendecida por los dioses, cantó mi ventura en un himno que me llenó de alegría. No creía yo que la mentira pudiese brotar de aquella linda boca, de la cual emanan

(1) *Iliada*, II, v. 6.

(2) *Psicostasia*, obra de Esquilo que se ha perdido

tantos oráculos. Sin embargo, este dios que ha cantado mi ventura, este dios que, testigo de mi himeneo, me ha anunciado una suerte tan envidiable, ha sido el mismo que sacrificó a mi hijo.

Cuando quiera que un poeta se exprese así de los dioses, lo rechazaremos indignados; no le aceptaremos la representación de su obra, ni toleraremos tampoco que los maestros se sirvan de ella para la educación de los jóvenes, si queremos que los guardianes del Estado sean hombres religiosos, y semejantes a los dioses, en tanto que la debilidad humana lo permita.

ADIMANTO

Hallo estos preceptos muy sabios, y soy de opinión de que ellos sean convertidos en leyes.
